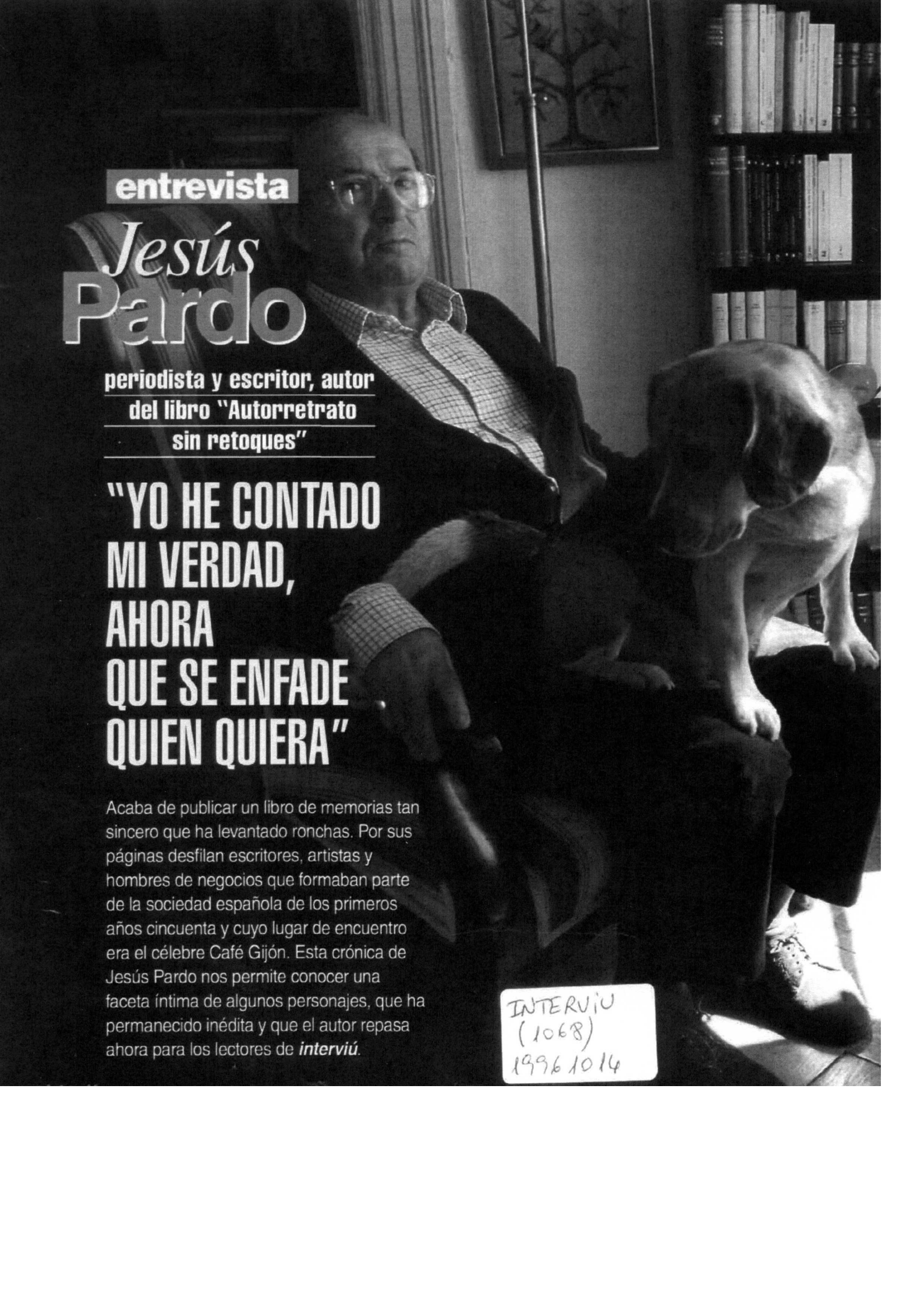




entrevista

Jesús Pardo

**periodista y escritor, autor
del libro "Autorretrato
sin retoques"**

**"YO HE CONTADO
MI VERDAD,
AHORA
QUE SE ENFADE
QUIEN QUIERA"**

Acaba de publicar un libro de memorias tan sincero que ha levantado ronchas. Por sus páginas desfilan escritores, artistas y hombres de negocios que formaban parte de la sociedad española de los primeros años cincuenta y cuyo lugar de encuentro era el célebre Café Gijón. Esta crónica de Jesús Pardo nos permite conocer una faceta íntima de algunos personajes, que ha permanecido inédita y que el autor repasa ahora para los lectores de *interviú*.

INTERVIU
(1068)
1996 10 14

A punto de cumplir setenta años, asegura que sólo le queda cuerda para dos novelas más y proyecta escribir un diario con el que piensa seguirle la pista, de forma minuciosa, a su propia decadencia física hacia la muerte, lo cual hará que se trate de un libro necesariamente póstumo.

—**Más que un "Autorretrato sin retoques", su libro ha sido considerado por algunos como una provocación.**

—Esa es una prueba de que en España se ha perdido la tradición de las memorias. Aquí la gente escribe memorias para quedar bien con los amigos y por eso tienden a maquillarlas mucho. Modestamente, quiero entroncar con la tradición de Diego Torres de Villarroel, de las memorias españolas del Siglo de Oro, que eran desgarradas. Hoy en día la memoria es burocrática y yo he querido lu-

char contra eso y contar mi verdad, sin tener en cuenta si iba a molestar a alguien o no. Ahora, que se enfade quien quiera.

—**No me negará que sabía de antemano el fenomenal revuelo que se iba a formar con algunas de sus revelaciones.**

—Ya me imaginaba que alguna reacción iba a haber, pero no tanta. Me han sorprendido algunas cosas, como el hecho de que me hayan preguntado por qué no había consultado a los personajes de los que hablo en mi libro. ¿Por qué coño tenía que consultarles? Se trata de mis recuerdos, no de los recuerdos de ellos.

—**¿Tuvo en algún momento la tentación de suavizar algunos de los pasajes de su libro para molestar menos?**

—No, porque yo no me meto con nadie ni despellejo a nadie. Únicamente cuento mis recuerdos de ciertos personajes populares, mi percepción después de haberlos tratado mucho tiempo. Yo soy escritor, me propuse hacer unas memorias y para mí lo fundamental es eso, que sean memorias y, por tanto, sinceras. En ese propósito no cabe suavización.

—**¿Le importan las reacciones airadas?**

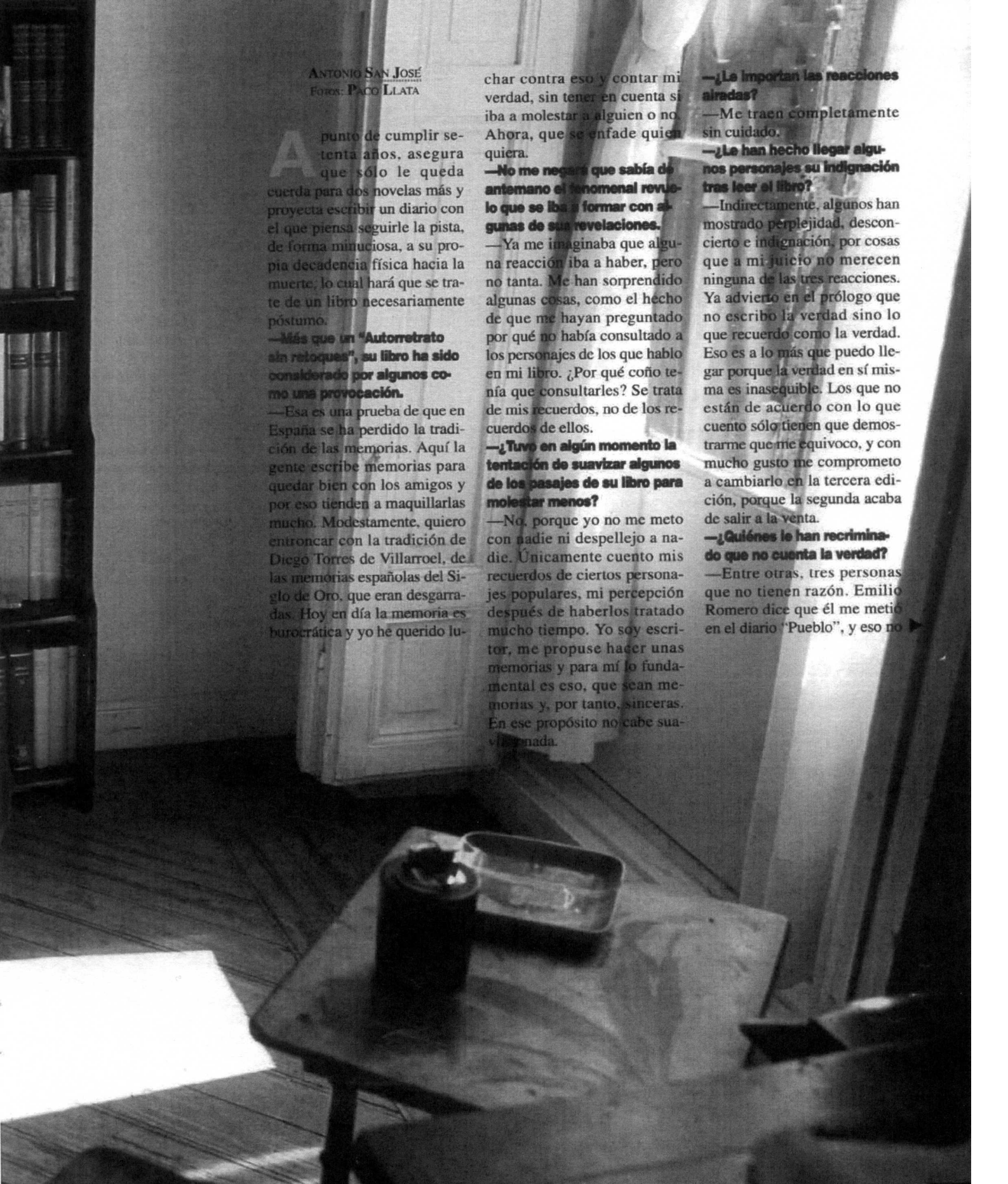
—Me traen completamente sin cuidado.

—**¿Le han hecho llegar algunos personajes su indignación tras leer el libro?**

—Indirectamente, algunos han mostrado perplejidad, desconcierto e indignación, por cosas que a mi juicio no merecen ninguna de las tres reacciones. Ya advierto en el prólogo que no escribo la verdad sino lo que recuerdo como la verdad. Eso es a lo más que puedo llegar porque la verdad en sí misma es inasequible. Los que no están de acuerdo con lo que cuento sólo tienen que demostrarme que me equivoco, y con mucho gusto me comprometo a cambiarlo en la tercera edición, porque la segunda acaba de salir a la venta.

—**¿Quiénes le han recriminado que no cuenta la verdad?**

—Entre otras, tres personas que no tienen razón. Emilio Romero dice que él me metió en el diario "Pueblo", y eso no



Jesús Pardo

**"El Café Gijón no fue un he
"Cela me pidió que le ayudara
que ha escrito García Nieto po**

así es

Suele decir que la verdad se parece a la mentira en que tampoco es verdad, así que jugando con la memoria ha buceado en sus recuerdos para contar de manera descarnada lo que considera "su verdad".

Periodista y escritor, Jesús Pardo fue corresponsal en Londres de los diarios "Pueblo" y "Madrid". La capital británica, en la que vivió veinte años, le marcó profundamente como profesional y como persona hasta el punto de que llegó a pensar en inglés y dice que hablaba el idioma "hasta en la cama".

Nacido en Torrelavega (Cantabria), de forma accidental, se ha dedicado a la traducción en más de diez idiomas y ha escrito, entre otros libros, "Ahora es preciso morir", "Ramas secas del pasado", "Cantidades discretas", "Eclipses" y este polémico e interesante "Autorretrato sin retoques".

► es cierto porque quien me llevó al periódico fue Juan Aparicio. Antonio García Trevijano afirma que me hizo fijo de nómina en el diario "Madrid", y tampoco es verdad porque nunca estuve en la plantilla. Él me readmitió como corresponsal en Londres de un periódico

dó Juan Pujol, recomendado por Juan Aparicio.

—Hablemos del Café Gijón, ¿qué ambiente tenía en los primeros años cincuenta?

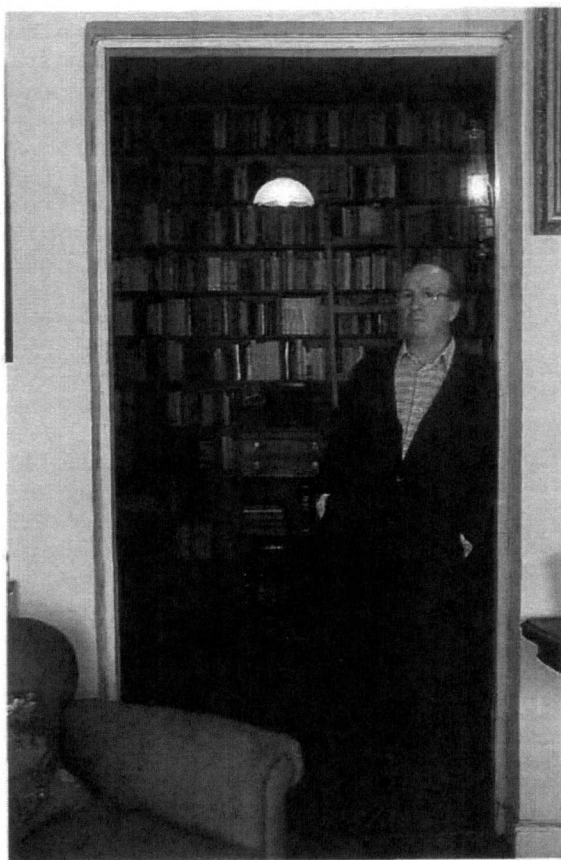
—Yo, prácticamente vivía en el Gijón, me pasaba allí horas y horas queriendo ser escritor aunque no escribía, que era, justamente, lo que le pasaba al noventa por ciento de todos los que frecuentaban el café. De cada diez "gijoneros", nueve eran mediocridades apabullantes y uno tenía talento. Y voy más allá: de ese uno que tenía talento, un tercio únicamente llegó a escritor serio y los otros dos tercios desaparecieron en el olvido.

—Dice Francisco Umbral que lo que ha hecho con su libro es "entrar en el Café Gijón con una metralleta y empezar a disparar".

—Cada cual tiene sus opiniones y yo respeto profundamente las de Paco Umbral aunque no estoy de acuerdo con ellas. Yo llegué al Gijón antes que él, por eso no aparece en mi libro ya que no pertenece al marco temporal de la época que yo relato. El Gijón fue una gran fuente de inquietudes intelectuales, lo que no fue en absoluto es un hervidero de obras maestras.

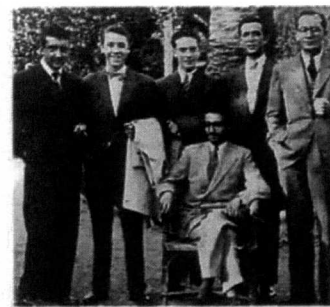
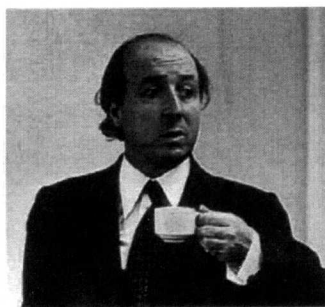
—¿Por qué se ha mitificado aquella época del Gijón?

—Se ha considerado a veces ese lugar como una especie de centro ateniense de la España franquista y eso no era así. Se trataba, eso sí, del único lugar donde se podía respirar y hablar de cultura. Los confiden-



que ni pagaba sueldo, ni tenía corresponsal en Londres, ni estaba abierto ya. Y por último, Marino Gómez Santos asegura que me envió como corresponsal a Gran Bretaña, y eso no es así porque me man-

rvidero de obras maestras" a echar un polvo en Londres" "Lo día valer para limpiarse el culo"



tes de la policía eran los más débiles, los cerilleros y los limpiabotas. Eran muy buena gente y pasaban unos informes surrealistas que terminaban en el cesto de los papeles de las comisarías. Allí nunca hubo una delación y convivían falangistas con comunistas sin ningún problema.

—¿Qué era la Juventud Creadora?

—Una coartada poética de un régimen totalitario para justificar que había poesía en España. El Café Gijón era la sede de aquel movimiento de poetas que escribían sonetos a Juan de Herrera y a El Escorial en un momento en el que las cárceles estaban llenas de presos políticos que nunca aparecían en esos versos marmóreos. Aquellos poetas, encabezados por José García Nieto, le hacían el juego al régimen.

—Vamos con el repaso a personajes conocidos. ¿Cómo era Camilo José Cela en aquel entonces?

—Vestía muy bien en medio de un paisaje de trajes gastados y raídos por el uso y le gustaba muchísimo chocar con la gente. Cada vez que alguien decía algo ingenioso, Cela intervenía y se lo chafaba. En el libro cuento que en una ocasión llegó a Londres y nada más bajar del avión me pidió que le ayudara a echar un polvo. Le organicé una pequeña fiesta en mi casa con unas chicas inglesas y creo que a pesar de la fama que tenía entonces aquella ciudad, no debió salirle el plan.

—De César González Ruano afirma que era "un gran masturbador".

—Tenía una moral totalmente distinta a la del resto de la gente. Efectivamente, le gustaba muchísimo masturbarse, y así me lo confesó; también se volvía loco por acostarse con mujeres embarazadas.

—Antonio Buero Vallejo parece que exhibía modales fríos y distantes.

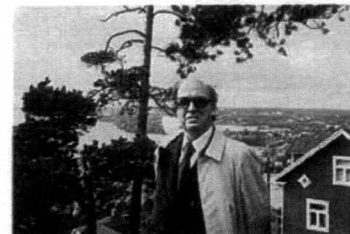
—Es una persona profundamente tímida, consciente de su valía y muy soberbia, en el buen sentido de la palabra. Su aire de frialdad no es sino una defensa a su timidez natural. A veces tenía un aire como de emperador de Roma y eso venía de su propio susto ante premios como el Lope de Vega, que obtuvo entonces por "Historia de una escalera".

—¿Es cierto que Pío Baroja recibía a las visitas con una toquilla sobre los hombros?

—Completamente cierto. Era una toquilla de vieja que se ponía junto a una manta sobre las piernas y su sempiterna boina, lo que le daba un aire ciertamente peculiar. Don Pío era un hombre encantador que vivía en otra época, parecía de una generación anterior. Hablaba continuamente de cristinos y de carlistas, y se metía muchísimo con los curas y con los militares, a quienes dedicaba puyas constantes.

—Las tertulias del Gijón eran más bien machistas. Apenas había mujeres.

—Había pocas. Estaba Eugenia Serrano, una escritora muy



A la izquierda, una foto de la infancia con sus hermanas. Sobre estas líneas, en un viaje. Arriba, con un grupo de periodistas (él es el segundo por la derecha).

buena, echada para delante, pechugona y simpática. También Remedios de la Bárcena y María Asquerino. Serían seis o siete, pero aquellas eran unas reuniones de hombres y ellas, al sentarse allí, eran consideradas como hombres, por lo que no había chascarrillos ni insinuaciones sexuales.

—María Asquerino sería otra cosa...

—Estaba estupenda y había muchos que querían acostarse con ella. En el libro cuento cómo Mariano Tudela llevaba siempre cuarenta duros por si se terciaba la ocasión y había que invitar a María, pensando en que más tarde podía caer.

—José García Nieto, auténtico factótum del Gijón, no se libraba de versos satíricos ciertamente crueles.

—Yo recojo unos auténticos que decían: "Ayer pesaron los versos/ de José García Nieto/ treinta kilos peso bruto/ cuatro gramos peso neto". Son buenísimos, aunque yo creo que exageran en el peso neto. Todo lo que ha escrito Pepe García Nieto podía valer para limpiarse el culo, si fuera el papel apropiado.

—Tampoco ahorra autocrítica en su libro.

—Si uno llega a los 69 años, como yo, y se sigue tomando en serio, es que es idiota.

—Habla de sus fracasos conyugales y de sus problemas con el alcohol.

—He tenido fracasos conyugales y los cuento porque quiero reflejar todo exactamente cómo ha sido. En cuanto al alcohol, le estoy muy agradecido porque me quitó la timidez enfermiza que tenía y me permitió relacionarme con chicas estupendas con una gran naturalidad. Un día me dijo el médico que si seguía bebiendo me moría, y lo dejé.

—Por cierto, ¿se bebía mucho en aquellas reuniones del Gijón?

—Raramente se tomaba alcohol porque era muy caro y la gente no tenía dinero. Pedíamos sobre todo cafés y quizá algún "trepador", que era una copa de Anís del Mono. La gente que bebía, como Ignacio Aldecoa, era rarísima. Él sí tomaba cosas fuertes, ginebra sola y cosas así, y aquello acabó con su vida. Bebía como un cosaco.